LAS EXPERIENCIAS PARANORMALES DE UN ESCRITOR SIN IGUAL

ESPECTROS EN EL MUSEO JOSÉ ZORRILLA

Los empleados de la casa-museo vallisoletana en la que vivió el insigne poeta y dramaturgo, hace tiempo que son testigos de impresionantes fenómenos paranormales. Un reportero de AÑO/CERO ha logrado acceder a sus testimonios, además de profundizar en la vida del famoso escritor, plagada de experiencias relacionadas con el mundo del misterio: visiones fantasmales, capacidades precognitivas, aficiones esotéricas, etc.

por : ÁNGEL DEL POZO

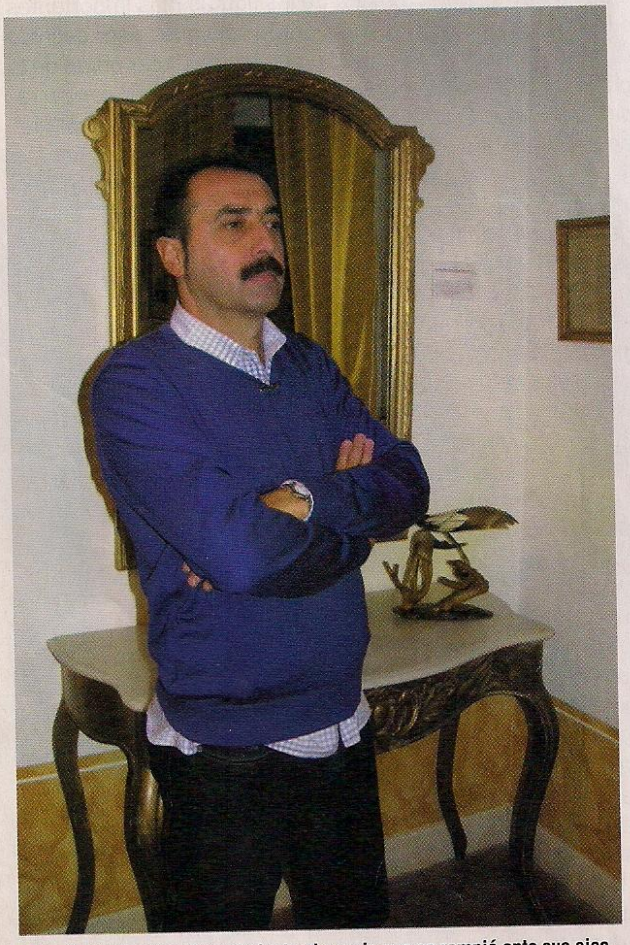
José Zorrilla (1817-1893) fue una de las figuras más importantes del Romanticismo español. Su legado literario sólo puede ser definido como impresionante. De modo somero podemos destacar obras de la talla de *Don Juan Tenorio*, *Margarita la tornera*, *Cada cual con su razón*, *El zapatero y el rey*, *El cristo de bronce* o *Traidor, inconfeso y mártir*. Fue miembro de la Real Academia Española de la Lengua, Cronista Oficial de Valladolid y, en su época, era considerado el poeta español por antonomasia.

La capital castellana rinde homenaje a este ilustre intelectual, pues calles y plazas llevan su nombre. Recientemente, se ha «reinaugurado» el teatro que el mismo José Zorrilla estrenó con una de sus obras. Además, el ayuntamiento de Valladolid conserva con mimo su casa natal, hoy convertida en museo, donde tienen lugar sorprendentes fenómenos paranormales que han sido presenciados por los trabajadores del centro: luces que se encienden sin que nadie accione los interruptores; cajones y puertas que se abren, movidos por manos invisibles; objetos que se desplazan solos de su lugar ante la atónita mirada de los empleados de la casa-museo, quienes notan habitualmente la presencia de entes imperceptibles que los observan...

Según Paz Altés, responsable de publicaciones del ayuntamiento, los inexplicables sucesos comenzaron a manifestarse cuando se tomó la decisión de clausurar una de las estancias de la casa-museo, precisamente la habitación en la que Zorilla contempló una espectro cuando era un niño. «Se quitó ese cuarto del circuito de visitas porque estaba al final de un pasillo, y era incómodo para la gente acceder al mismo», asegura Paz Altés.

José Zorrilla se interesó vivamente por cuestiones esotéricas, protagonizó experiencias de precognición, fue testigo de la aparición de seres fantasmales y, en ocasiones, escribía en estado de sonambulismo. De hecho, en su autobiografía, titulada *Recuerdos del tiempo viejo* y que escribió en 1880, asegura que «de pequeño ya iba camino del manicomio», refiriéndose muy probablemente a los enigmáticos episodios que le tocó vivir durante su niñez.

Dcha., Paz Altés, directora de publicaciones del ayuntamiento. Casa-museo (a doble página) y una estancia (abajo).



Jesús Valdespino posando junto al espejo que se rompió ante sus ojos.

María Aránzazu, empleada del servicio de limpieza en la casa natal del escritor, relató a AÑO/CERO una escalofriante experiencia: «Me encontraba adecentando una antigua cómoda y, de repente, vi cómo se abría un cajón, pero muy, muy despacio. Me llevé un susto de muerte. A partir de entonces, no trabajo tranquila, la casa me impone y continuamente noto que alguien está observándome».

«EL FLORERO SE MOVIÓ SOLO DELANTE DE NOSOTROS»

También Jesús Valdespino, responsable de la infraestructura del edificio, vivió un suceso poco tranquilizador: «Aquella jornada, como de costumbre, a las a las ocho de la mañana me dirigía a abrir todas las estancias. Entonces, escuché un estruendo muy fuerte. Aquello me causó cierto temor, pero reaccioné y miré a mi alrededor, descubriendo el origen del sonido. Era un espejo que se había estrellado contra el suelo. Tenía el marco roto y el cristal estaba hecho añicos». Jesús también me narró algunos hechos protagonizados por el guardia de seguridad que custodia el edificio por las noches: «Este hombre tiene la costumbre de apagar todas las luces, pero cuando llega a la planta baja, donde está el cuadro de mandos, en bastantes ocasiones comprueba, asombrado, que hay estancias con las luces encendidas. Así que tiene que volver a subir para apagarlas».

Incluso más sorprendente es el testimonio de Ángela Hernández, directora de programación de la casa-museo y una de las mayores expertas mundiales en la figura de José Zorrilla. Así lo cuenta la protagonista: «Nos encontrábamos varias personas en una reunión de trabajo, sentadas alrededor de una mesa, cuando todos los presentes vimos, boquiabiertos, cómo un florero que se encontraba en otra mesa que estaba a nuestro lado, daba varios botes y acababa cayendo al suelo. Por muchas vueltas que le he dado, el suceso no tiene explicación».

Igual de extrañas son las vivencias que relata Milagros M., otra de las empleadas de la institución. En cierta ocasión, vio que la puerta de un despacho se abría sin que nadie la accionara, por lo que se acercó a cerrar-

la. No había caminado dos pasos, cuando la puerta se abrió de nuevo. Otra vez la cerró, pero acto seguido volvió a su posición inicial. Repitió la operación varias veces sin éxito, por lo que le pidió al espíritu de Nicolasa –la abuela materna de Zorrilla, a quien los empleados responsabilizan de los fenómenos– que dejase de hacer de las suyas, pero no consiguió nada, así que optó por alejarse de la estancia. Los trabajadores de la institución ya se han acostumbrado a convivir con el presunto espectro de Nicolasa, pues «no es mala, sólo un poco traviesa», dice Paz Altés, directora de publicaciones del ayuntamiento vallisoletano.

LA APARICIÓN DE LA ABUELA FALLECIDA

Después de siete meses en el vientre de su madre, José Maximiliano Zorrilla Moral vio la luz por primera vez un 21 de febrero de 1817 en una casa de Valladolid, la única situada en la calle de la Ceniza (actualmente Fray Luís de Granada), denominada así porque anteriormente era un solar abandonado en el que se arrojaban las cenizas del palacio de Pimentel. Cuenta la leyenda que aquel día un pájaro de vistoso plumaje se posó en las tapias aledañas al hogar de la familia Zorrilla, a modo de aviso sobre el importante alumbramiento que había tenido lugar.

En esta vivienda vivió nuestro protagonista su infancia, jugando y trasteando como todo niño que se precie. Precisamente a la edad de seis años protagonizó su primer encuentro con lo sobrenatural. Estaba corriendo por la casa con su caballo de cartón y, sin pensarlo, se coló en una estancia que habitualmente permanecía cerrada, pues era utilizada como trastero. En su interior, destacaban un viejo sillón y una cama recubiertos de polvo. Nada más entrar, el pequeño vio una figura sentada en el sillón. No le dio demasiada importancia porque pensó que se trataba de la doncella, así que se acercó a la ventana para abrirla. Cuando se giró de nuevo, vio que no era la doncella, sino una apacible anciana que le sonrió y le invitó a que se acercara. Así lo hizo, y dejándose acariciar el pelo, escuchó que la anciana le decía: «Soy tu abuelita; quiéreme mucho, hijo mío, y Dios te iluminará».

ECHADOR DE CARTAS

Ángel Ramírez recoge en su obra *Vida anecdótica de José Zorrilla* uno de los episodios más curiosos en la existencia del escritor. Sucedió en París. Zorrilla tenía fama entre sus lectores de ser un experto en las artes adivinatorias, debido a una serie de artículos que había escrito para un periódico americano. Por ello, en una cena, la esposa de un cónsul británico le instó a que le echase las cartas. El escritor se negó, pero tanto insistieron el resto de los presentes que a éste no le quedó otro remedio que claudicar y, tomándoselo como un simple juego, empezó a leer el porvenir en una baraja. El rictus de su cara fue cambiando a medida que se concentraba más y más en las cartas, por lo que la mujer, alarmada, le pidió que contase lo que le estaba viniendo a la mente. El «adivino» dijo que no, pero ésta volvió a insistir en tono imperativo. Acorralado, Zorrilla no tuvo más remedio que decírselo: «En los próximos siete días entrará la justicia en su casa por causa de una muerte y se disolverá una familia». Jornadas después, el cónsul británico, marido de esta mujer, falleció al fracturarse el cuello en una caída.

¿LO SABÍAS?

Como ha sucedido con otros escritores, José Zorrilla estaba convencido de que en ocasiones lo poseía una inspiración de origen sobrenatural. En su autobiografía, *Recuerdos del tiempo viejo*, escribió que había redactado en tan sólo veinticuatro horas una de sus obras teatrales más conocidas, *El puñal del godo*, a causa de una apuesta. Para lograr tal objetivo, dio rienda suelta a su intuición, dejando de lado toda lógica.

Sentí el contacto de las manos del fantasma en las mías y en mis cabellos, y sus palabras me alegraron el corazón

Un cajón se abrió solo ante la sorpresa de la empleada de limpieza María Aránzazu (derecha, en el interior del museo).

El pequeño salió corriendo y fue a buscar a su madre, a quien le contó lo ocurrido. Sin embargo, cuando ambos llegaron en la estancia, allí no había nadie. Zorrilla nunca dudó de que había contemplado al espectro de su abuela. «Estoy seguro de haber sentido el contacto de sus manos en las mías y en mis cabellos, y recuerdo perfectamente que sus palabras me dieron al corazón alegría», escribió pasado el tiempo.

Por si fuera poco, en el momento que contempló al presunto fantasma de su abuela, desconocía por completo los rasgos físicos de ésta. Años después, en 1833, mientras registraba un escritorio en compañía de su padre, encontró un retrato que identificó con la anciana que se le había aparecido en su infancia. Enseguida, su padre le dijo que se trataba de su abuela Nicolasa.

Como apuntamos anteriormente, los empleados de la casa-museo están convencidos de que el espectro de Nicolasa quiere llamar la atención, y sospechan la razón. «Creemos que se manifiesta porque está enfadada por la clausura de la habitación al final del pasillo, pues era su preferida», aseguró Paz Altés a AÑO/CERO.

Ángela Hernández (arriba), testigo de extraños fenómenos. Abajo, un caballo como el utilizado por Zorilla de niño.

EXTRAÑO SONAMBULISMO

Otro de los misterios que acompañaron a Zorrilla a lo largo de su vida fue el profundo y particular sonambulismo que padecía. Cierto día en que se hallaba en la casa de su tío, el canónigo de Lerma, se retiró a su habitación muy cansado. Como tenía por costumbre, antes de acostarse dibujaba una línea horizontal sobre el último de los versos que había escrito en el papel. Cuando a la mañana siguiente se dispuso a reanudar su trabajo, comprobó, con asombro, que el párrafo que había dejado inconcluso se hallaba ahora completo, con nuevos versos escritos con su misma letra.

En otra ocasión, la noche del 31 de diciembre de 1836, se hizo uno de los más perfectos afeitados que recordaba, a pesar de que no tenía conocimiento de haber llevado a cabo tal acción. Al levantarse y verse sin bozo, con la palangana llena de agua y jabón y las cuchillas limpias y recogidas, Zorrilla cayó en la cuenta de su sonambulismo, apoderándose de él un gran temor. No se lo comentó a su madre para no preocuparla, pero tuvo que admitirlo semanas después, cuando una noche se despertó en ropas menores, asido a la ventana abierta de su habitación y rodeado por sus padres y su tío.

Cuando Zorrilla preguntó por lo ocurrido, su padre le contestó: «Has abierto muchas veces la ventana, has sacado la cabeza a la calle, y después de decir no sé qué en italiano, has vuelto a cerrar y a abrir, hasta que tu tío te cogió la mano». Zorrilla, acongojado, no tuvo más remedio que confesar el secreto. A lo que su padre, rememorando los antecedentes que le acompañaban en vida, le contestó: «¡Es lo único que te faltaba, cacho cabrón!»